

al nivel de España, sigue habiendo sectores de la población oscuros para los organismos de vigilancia epidemiológica, por su escasa relación o su dispersión en diferentes centros asistenciales. Además de los enclaves rurales, en las ciudades hay grupos marginados como los gitanos, los extranjeros y las prostitutas que son poco conocidos sanitariamente, a pesar de que su estado de salud tiene una trascendencia social más amplia que la del grupo.

Los estudios antropológicos y globales, como el de R. Lellep siguen siendo extremadamente interesantes para develar problemas y sugerir hipótesis. A pesar de la destreza de la autora para analizar y combinar documentos, observaciones y testimonios, la verificación probablemente ganaría si se llevase a cabo por equipos multidisciplinarios.

Felipe Reyero

## Sociedad y lenguaje. Una lectura sociológica de Saussure y Chomsky

Miguel Beltrán.  
Madrid, Fundación Banco Exterior,  
1991

Los sociólogos suelen pasar del lenguaje. En revancha, algunos de ellos casi reducen la sociedad a lenguaje. Miguel Beltrán no es ni de los unos ni de los otros: pues acostumbra a moverse en un entorno próximo al fiel de la balanza. Reconociendo la mediación lingüística en la construcción social de la realidad, no llega a dar el giro lingüístico —cambio de objeto— pero llega a dar un semigiro —ampliación del objeto—. Lenguaje y sociedad no están para él ni en relación de exclusión ni de inclusión: sino de intersección.

Beltrán está abierto a la toma en cuenta del lenguaje como objeto de reflexión para el sociólogo, en los planos tanto teórico como metodológico. Como ejemplo, en *La realidad social* (Tecnos, 1991) lo demuestra. El capítulo 5 («El lenguaje como realidad social», publicado antes como artículo, y reelaborado como introducción a *Sociedad y lenguaje*) refleja su valoración del lenguaje en el plano teórico («Es claro que el mundo social está lingüísticamente mediado, y no falta quien dice que en buena medida es lenguaje; de aquí la necesidad de subrayar que el animal humano, en tanto que *zoon politikón*, es por ello mismo animal ladino, o locuaz; por lo que el lenguaje y su uso deben encontrar en la teoría sociológica la atención que sin duda requieren», pp. 137-138). El capítulo 4 («Cinco vías de acceso a la realidad social», publicado como artículo, e

incluido antes en otro libro) su valoración en el plano metodológico («la negación al lenguaje de su condición de *dado*, su cuestionamiento, implica una ruptura epistemológica que constituye el método cualitativo» (...)) «no puede ocultarse al investigador que no hay datos inmediatos, sino que todos están lingüísticamente producidos, esto es, mediados»). Como objeto y como instrumento, el sociólogo debe contar con el lenguaje, de otro modo, el lenguaje contaría con él.

Ahora, Beltrán ha asumido la asombrosa disciplina de una lectura atentísima y casi exhaustiva de la obra de los cabeza de fila de las dos escuelas lingüísticas más seguidas del mundo occidental: Saussure, desde el estructuralismo, y Chomsky, desde el generativismo. Decía Deleuze que es posible unificar una dispersión desde dos dimensiones, buscando, bien un eje genético, bien una estructura profunda. La historia es un proceso de rupturas de simetrías, de surgimientos de textos heterogéneos en contextos homogéneos. Los unificadores buscan las simetrías perdidas en el pasado, los diversificadores encuentran las asimetrías producidas en el futuro. Chomsky y Saussure son unificadores. Beltrán, como la mayoría de los sociólogos, diversificador. Como diversificador, filtra la lingüística para recuperar las trazas que la historia —la contingencia— ha dejado en el lenguaje.

El meollo de su argumento es una crítica a ambos autores por no haber tenido en cuenta suficientemente la naturaleza social del lenguaje. Como los sociólogos no tienen en cuenta la naturaleza lingüística de la sociedad. Entre sociología y lingüística hay un abismo que apenas colman dos cuñas intersticiales: la sociolingüística, y la sociología del lenguaje. Beltrán contribuye a colmar ese abismo.

Saussure divide —analíticamente— el lenguaje en «lengua» (componente social) y «habla» (componente individual): de ambos componentes niega explícita o implícitamente su carácter social. Explícitamente, del «habla»: para él es un fenómeno individual. Lo que a Beltrán le parece aberrante: «Es tan social como la lengua. Toda interacción es acción social» (p. 37). Implícitamente, de la lengua: Saussure, coherente con su concepción de la arbitrariedad del signo, aísla la lengua de su contexto social (de ahí, la primacía de la sincronía sobre la diacronía). Para Saussure, el cambio no ocurre en el sistema de la lengua, sino en sus elementos (que, indirectamente, contribuyen al cambio del sistema). Como metodólogo, crea su propio objeto. Las operaciones analíti-

cas de cortar el lenguaje en lengua y habla, la lengua en sincronía y diacronía, crean un objeto asequible al método: la lengua sincrónica. Pero inasequible a la realidad. Frente a Saussure, Beltrán reivindica la dimensión diacrónica (historia): la radical contingencia de todo lo social, y en consecuencia de todo lo lingüístico.

Lengua y habla están en planos respectivamente social e individual; ¿cómo se comunican?. Chomsky construye una oposición *competence/performance* cuyos términos están los dos en el mismo plano: en el plano individual. La lingüística de Saussure es estática, la de Chomsky dinámica: su modelo *competence* (estructura *profunda*/de *superficie*)/*performance*, es transformacional (transformación de la estructura profunda en estructuras de superficie) y generativo (generación de la *performance* a partir de la *competence*), pero la palabra «generar» tiene un sentido idealista como en matemáticas (explicitar lo implícito; formar, más que producir). Beltrán le plantea críticas paralelas a las que plantea a Saussure. En primer lugar, por la primacía de la *competence* sobre la *performance*. En segundo lugar, por la consideración de la *performance* como meramente empírica. En tercer lugar, por el carácter meramente abstracto de la *competence*.

Ya Labov nos había advertido de la paradoja de Saussure. A la lengua, lo social del lenguaje, accedemos por introspección individual. Al habla, lo individual, por encuesta social. Los sociólogos, y por tanto Beltrán, están más en resonancia con los sociolingüistas que con los lingüistas. La sociolingüística tiene en cuenta el contexto específico de uso del lenguaje: del *habla* o de la *performance*.

Es curioso que Beltrán no fuerce su postura con argumentos de Bajtin. Como antídoto contra la lingüística occidental vale la oriental. En 1928 (doce años después que el *Curso...*) aparece en Leningrado, firmado por su amigo y discípulo V. N. Volochinov, el libro de Bajtin *Marksizm i filozofiya yazika* («Marxismo y filosofía del lenguaje»). Ni

el título, ni las estúpidas incrustaciones de estereotipos stalinistas eran de su cosecha; si lo era el núcleo no contaminado del texto. La resonancia de esta obra fundamental fue muy amortiguada en Oriente, nula en Occidente. La muerte de Stalin permitió su difusión en Rusia, y al final fue traducida al francés gracias a los buenos oficios de Jakobson (*Le marxisme et la philosophie du langage*, Minuit, 1977).

Bajtin pone la primacía en el habla sobre la lengua, en la enunciación sobre el enunciado. La oposición lengua/habla cubre una oposición ideológica. La lingüística de la lengua es la ideología de las clases dominantes, la del habla la de las clases oprimidas. El poder es unificador, la subversión diversificadora. Dice Bajtin: «Está claro que la palabra será siempre el *indicador* más sensitivo de todas las transformaciones sociales». Y más adelante: «Clase social y comunidad semiótica no se recubren. Así, clases sociales diferentes usan una sola y única lengua. *En todo signo ideológico se afrontan índices de valor contradictorios*». Para concluir: «Las clases dominantes tienden a conferir al signo ideológico un carácter intangible y por encima de las clases, con el fin de ahogar o expulsar hacia el interior la lucha de los índices de valor sociales que se desarrolla en él, con el fin de convertir el signo en monoacentual» (p. 44).

La burguesía —decía Barthes— es la clase que oculta su nombre. Presenta como biológico y necesario el hecho histórico y contingente de su dominación. De ahí que hablen de naciones en vez de clases, y de derecho, religión, moral... naturales (en ambos casos, inherentes al hecho de haber nacido). Fundándola en naturaleza, aspira a eternizar su dominación. Reconocer la contingencia en el lenguaje es reconocer que esa dominación es —también— contingente.

Saussure era conservador. Chomsky, un revolucionario anarquista. Bajtin, un comunista. Nadie puede saltar por encima de su sombra.

Jesús Ibáñez

## La economía de mercado

Jesús Albarracín  
Madrid, Trotta, 1991

Tras su interesante libro anterior (*La onda larga del capitalismo español*), Jesús Albarracín nos propone ahora, en *La economía de mercado*, una reflexión más general sobre los fundamentos teóricos y el estado actual de la economía

capitalista, con el objetivo fundamental de «comprender la economía de mercado y su crisis desde una perspectiva que no sea la dominante». En este sentido, lo primero que hay que agradecer a Albarracín es que haya dedicado este libro a desmontar la explicación convencional de la crisis, que hace recaer sobre los trabajadores la responsabilidad de todos los males que aquejan a las economías capitalistas: paro, inflación, falta de competitividad, déficit, etc. Albarracín demuestra que dicha interpretación —envuelta en el discurso pretendidamente científico de que si los trabajadores «hubieran permitido jugar libremente a la ley de la oferta y la demanda», y en particular «aceptado unos salarios más bajos», se habría salido ya de la crisis— sólo pretende alcanzar el fin práctico de contribuir a la batalla ideológica del capital contra el trabajo (los sindicatos), en el marco global de la lucha de clases.

Como era de esperar en un autor con una larga tradición